

enteras.» Aliados á los búlgaros, dueños de los eslavos, de ambos pueblos, se valían los awars para tener en perpetua alarma al Imperio, y vez hubo que llegaron á los muros de Constantinopla. Los Persas, fanatizados por *los magos* y por los herejes *nestorianos* expulsados del imperio, llamados por los judíos en plena rebelión y que les ofrecían entregarles las ciudades sirias para vengarse de sus terribles opresores cristianos, invadieron las provincias asiáticas, se adueñaron de Jerusalem, y con espanto del mundo bizantino se apoderaron del leño santo de la cruz (614). Para rescatarlo marchó Heraklio al Oriente.—Predicóse en todo el imperio la guerra santa; la Iglesia dió todos sus recursos; el patriarca de Constantinopla se encargó de defender la ciudad contra los awars, y bajo la protección de la Virgen (*la panagia*) el ejército cristiano entró en acción. Al cabo de muchos años de gloriosas campañas, Heraklio había puesto á sus pies el imperio persa; Ktesifón, una de sus grandes capitales, lo vió entrar en triunfo, y el nuevo monarca persa (porque Kosroes, el enemigo de los cristianos, había perecido) entregó al vencedor el leño santo de la cruz, que fué solemnemente reinstalado en Jerusalem (628). Los boletines de guerra de Heraklio parecen salmos, y la exaltación religiosa de la cristiandad bizantina fué inmensa; la Virgen que había dado á Heraklio la victoria, había también libertado á Constantinopla sitiada por los awars, y el pueblo entonó las alabanzas de María, que todos los cristianos cantaban ya con el nombre de *letanías*.— Los resultados de todo esto fueron: 1.º El aniquilamiento del segundo imperio persa, que quedaba á merced de cualquier conquistador. 2.º La exacerbación del sentimiento religioso que aumentó el rigor contra las herejías perseguidas, y, sobre todo, en Siria y Egipto, causó la disolución moral del imperio.

LOS ARABES.

(Siglos VII y VIII.)

1.— Antecedentes del Islamismo.—2.— Mahoma (Mohamed) y su obra.—3.— El califato perfecto y la conquista en Asia.—4.— El califato de Damasco y la conquista en Africa y Europa.—5.— Los Abasidas y el desmembramiento del Imperio.

1. *Antecedentes del Islamismo.*— La península arábica, defendida de invasiones por el enorme océano de arena que baja entre las cuencas del Eufrates y el Jordán, y que bordado por la caldera del Mar Rojo y por el Pérsico, despliega su árida costa meridional sobre el mar Indico, fué codiciada por los conquistadores egipcios, por los asirios, por los persas, por Alejandro y los ro-

manos. Ninguno pudo mantenerse en ella, aunque las numerosas caravanas y las tribus nómades que surcaban el desierto llevando á los mercados de Oriente muestras de sus ricos productos (gomas, perfumes) y noticias de los reinos establecidos en el Yemen, excitaban la codicia de aquellos pueblos que, sucesivamente ensangrentaron y saquearon el Asia. En Arabia, la población en parte trashumante y sedentaria pertenecía á la gran familia semítica (algunos etnologistas consideran á Arabia como el centro de difusión de los semitas). De índole eminentemente guerrera, en perpetua lucha con el desierto y con los hombres; de idiosincrasia soñadora, con un perenne espejismo delante de los ojos y una tienda de estrellas en el cielo cobijando las tiendas del aduar, el árabe, para entrar y figurar en la historia humana, no necesitaba más que un ideal que unificara las tribus y una oportunidad histórica que pusiera en contacto al pueblo ya organizado con el mundo exterior.— Los árabes en el siglo VI poseían una señal clara de antigua cultura, una lengua perfectamente adelantada y una literatura poética admirable; todas las tribus y familias tenían sus poetas, porque en aquella raza la imaginación y el sentimiento predominaban. Su religión se basaba sobre la adoración de los astros, y era un politeísmo vago, pero que reconocía un centro, la Mekka, en donde estaba depositada la piedra arrojada con Adán del Paraíso, dentro de un edículo llamado *la Kaaba*, situada en el sitio en que Agar y su hijo Ismael, padre del pueblo árabe, fueron socorridos por el ángel. El dios (Alah) de Abraham era, no el único, pero sí el principal para todos los árabes, y una tribu, la de Koreish, encargada de guardar la Kaaba, era francamente monoteísta, aunque explotaba la idolatría de las tribus, y por eso se opuso á Mahoma, que era, sin embargo, un Koreishita. Además, había numerosos grupos de judíos en el Hedchaz y particularmente en Yatrib, y los cristianos de Aysinia habían sido dueños recientemente del Yemen, que les disputaban los persas. Todo esto contribuía á preparar la unidad religiosa de los árabes, con tal que el que aprovechara su instinto monoteísta supiese respetar y consagrar lo que de mejor encontrase en sus costumbres.

2. *Mahoma y su obra.*— Tal fué precisamente la empresa de Mahoma ó Mohammed (el alabado). Educado en el desierto y convertido en poeta por la soledad y el temperamento, cuando ya casi hombre conducía sus camellos desde el Hedchaz á Siria y se puso en contacto con los sectarios de todas las religiones y todas las herejías, el espíritu simplificador de su raza lo elevó á una noción superior y sencilla de la divinidad, y concibió el designio de comunicarla y predicarla. La fortuna de su esposa le permitió entregarse á la meditación; tomó parte en una asociación de hombres caritativos, y el poeta se

transformó en profeta, en inspirado. Lo era; sujeto desde niño á ataques epilépticos — señal de posesión divina ó diabólica en aquellos tiempos — sus éxtasis, sus convulsiones indicaban el influjo en él de una especie de gran histeria masculina; su figura, su elocuencia (hablaba una prosa rítmica que ejercía particular encanto sobre el auditorio) fueron parte á aumentar su prestigio; pronto lo conocieron muchos de los numerosísimos peregrinos que periódicamente visitaban la ciudad santa, y la predicación empezó. Mahoma afirmaba que el arcángel Gabriel le dictaba sus máximas, que eran una verdadera revelación, y que no tenía más dogmas que estos: no hay más Dios que Alah; Mohammed es su profeta; Alah es inmutable, todo lo tiene previsto, todo prescrito; no hay más que someterse incondicionalmente á su voluntad; por eso la nueva religión se llamó *Islam* (sumisión á Alah); no hay más culto que la plegaria, que es un simple acto de adoración. La moral de esta religión, tomada de lo mejor de las costumbres semíticas y de la Biblia y el Evangelio, para combatir lo que había de inferior en esas mismas costumbres, recomendaba como virtudes principales la limosna, el respeto á la mujer, « que sólo es inferior al hombre porque el hombre puede defenderla, » y el pacto de amistad eterna entre los creyentes ó *muslimes* (musulmanes). La recompensa del creyente era un paraíso de incomparables deleites, todo lo que la imaginación oriental podía soñar de más bello y más sensual. — La religión de Mahoma es una rama del judaísmo y del cristianismo á un tiempo; como éstas, es una religión universal; y si desde el punto de vista abstracto su moral es inferior á la cristiana, era mucho más apropiada á los hábitos y costumbres que la naturaleza misma imponía á los orientales. Por eso el islamismo, que como poder político ha declinado, como agente religioso aun conserva sus doscientos millones de creyentes, y después de conquistar una buena parte del Asia, continúa sus conquistas en el mundo negro, destinado irremisiblemente á ser musulmán. — Mahoma, perseguido á muerte por sus enemigos los Koreishitas, tuvo que huir á Yatrib ó Medina¹ y comenzó su papel de monarca ó Kalifa y el período de organización. Destinada á los árabes, tenía esta organización que ser militar; ellos ni habrían seguido, ni habrían comprendido una predicación de paz como la de Jesús. Mohammed predicó la conversión ó el exterminio de sus enemigos; Alah es, bajo este aspecto, el verdadero Dios de Abraham, es Yahveh. El ejército islamita, tras sangrientas luchas, llegó á ser invencible, como que á los musulmanes muertos en la guerra el profeta les prometía el paraíso. Se

¹ De esta fuga ó *hegira* data la Era de los árabes; su primer año corresponde al 622 de la Era vulgar.

apoderó de la Mekka, destruyó los ídolos, se hizo reconocer por la mayor parte de las tribus y convirtió á la Arabia en un semillero de apóstoles armados. Señaló á su ambición la conquista del Asia por meta y murió en 632.

3. *El Kalifato perfecto y la conquista de Asia* — La acción de los grandes factores históricos, no siempre fáciles de rastrear en la infinita complejidad de los fenómenos sociales, es clara y franca cuando de los árabes se trata: el carácter, resultante del medio y de la raza, el carácter guerrero y aventurero, es el primer factor; el ideal, agente de unificación, ideal religioso y poético, es el segundo, y la promoción de este ideal fué la parte principal de la obra de Mohammed; el momento histórico ó el conjunto de condiciones que determinan la plena actividad de los otros factores, es el tercero.¹

Sí, el momento histórico era propicio; la población de Siria y Egipto, exasperada por las persecuciones á los judíos, fanatizada por la lucha de las herejías, no conocía ya los vínculos patrióticos con el imperio bizantino. Los persas, más débiles, más divididos, más disueltos que los griegos, sólo esperaban un conquistador más resuelto que Heraklio. — A Mahoma sucedió el más anciano de sus amigos, el austero y piadoso Abubeckre, elegido por los amigos del profeta: « musulimes, decía el nuevo Kalifa ó comendador de los creyentes; si adorábais á Mahoma, sabed que Mahoma ha muerto; si á Dios adorábais, Dios vive, Dios no muere. » Con Abubeckre comenzó el primer período del Kalifato, que suele llamarse *el Kalifato perfecto*; durante él se realizaron las grandes conquistas en Asia y Egipto, y se compiló y dió forma definitiva al libro sagrado del islamismo, el Koram (lectura ó libro por excelencia). Este libro encerraba en sus versículos ó *suras* toda la enseñanza del Profeta; era un libro de religión y moral, al mismo tiempo que un prontuario de higiene semítica y un código civil y penal; y como todo él era revelado, es decir, sagrado, su fuerza constituyó su debilidad, porque sus preceptos religiosos tuvieron el mismo valor que los civiles, efímeros por naturaleza. — La conquista de Siria empezó con el primer Kalifa y se consumó en tiempo del segundo, el sencillo y justiciero Omar, con la completa derrota de Heraklio y la toma de Jerusalem y de Damasco. El feroz é irresistible Kaled hizo en ella el primer papel. Amrru conquistó á Egipto, en donde los herejes monotelitas suspiraban por sacudir la opresión bizantina; en Alejandría, según una

¹ Estos factores, *el medio, la raza, el momento histórico*, por primera vez puntualizados sistemáticamente por Taine, muy deficientes para explicar la producción de una obra individual artística ó política, v. g., en que el elemento psicológico desempeña un papel preponderante, son bastante apropiados á la explicación de los grandes fenómenos colectivos, sociales ó históricos.

tradicción no muy verídica, quemó Amrru los restos de la biblioteca, incendiada en tiempo de Julio César y casi destruída por los salvajes monjes de las tebaidas. Sin embargo, por regla general los árabes se mostraban ilustrados ó afanosos de ilustrarse y tolerantes con las poblaciones conquistadas. — Al mismo tiempo que Egipto, y después de una sola y larguísima batalla, sucumbió el imperio persa (641) que en vano había querido galvanizar Rustem, proclamando la guerra santa y enarbolando á manera de estandarte el mandil de cuero del fundador de la dinastía Sassanida. A Omar sucedió Ozmán, asesinado en una revuelta, y á éste el incomparable guerrero y gran poeta Alí, yerno del Profeta. La conquista siguió; pero á la influencia de los árabes había seguido la de los sirios, y el elemento puramente militar provocó la creación de un Kalifato laico, digámoslo así, de una verdadera monarquía distinta del apostolado de los Kalifas perfectos; de aquí la rebelión, á cuyo frente se puso el representante de una familia de mucho antes enemiga de Mahoma mismo, y la derrota y muerte de Alí (661).

4. *El califato de Damasco y la conquista en Africa y Europa.*— Moawia, así se llamaba el vencedor, funda la dinastía de los Umeyahs y transfiere la capital política á Damasco, intentando en vano sojuzgar la Mekka, lo que logró después uno de sus sucesores. El esplendor y el lujo desplegado por los kalifas umeyahs ú *omiadas* recordaba el de los extinguidos imperios orientales. La conquista siguió: Constantinopla, atacada por los bárbaros periódicamente, supo resistir á los musulmanes; pero el Africa líbica se rindió tras larguísima y empeñada lucha; cuando el Mahgreb (Marruecos) hubo sucumbido, la raza berber, descendiente de los númidas, abrazó con tal fanatismo el Islam, que para dar rápido empleo á sus ímpetus guerreros, los árabes, la lanzaron sobre España. — En la Península, presa de las discordias de los magnates, mal preparada para una gran lucha por el gobierno eclesiástico de los concilios, y cuya población, sin fuertes simpatías por los godos de la clase dominante, sólo deseaba que le dejaran su libertad religiosa, la conquista musulmana fué breve y total; comenzó en 711, y veinte años después hasta la Galia meridional estaba sometida. Allí contuvo á los árabes y salvó á la Europa Occidental el verdadero fundador de la dinastía carolingia, Karl Martel, en 732.

5. *Los Abbassidas y el desmembramiento del Imperio.*— Diez y ocho años después, el kalifato de Damasco sucumbía á manos de los Abbassidas, vengadores de Alí, que hicieron perecer á todos los miembros de la familia umeyah y plantaron su estandarte negro en una nueva capital, Bagdad, en el Alto Tigris. — El kalifato de Bagdad, que había de tener un período de extraordinaria grandeza y había de durar de 750 á 1,258, trajo consigo, desde sus comienzos,

el desmembramiento del imperio musulmán. Todo lo que la monarquía árabe había ganado en el Asia Central, al grado de tener por límites las cuencas de Oxus y del Indo y las cordilleras que las separan, lo perdió en el Mahgreb y Europa, en donde un vástago, el único salvado de la dinastía Umeyah, el príncipe poeta Abder Raman, pacificó la península española entregada á las disensiones de los emires y zanjó las bases del kalifato de Córdoba.

RESTAURACION GERMANICA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE.

(SIGLOS VIII Y IX.)

1.— La Iglesia y los Carlovingios.— 2.— Carlo Magno y el imperio.— 3.— La dinastía imperial.— 4.— Los northmans; el fin de las invasiones germánicas; el de los carolingios.

1. *La Iglesia y los Carolingios.*— La situación de la Iglesia fué por extremo precaria durante el siglo VII. Roma seguía bajo la dependencia política del imperio y del Exarca bizantino; pero, *de hecho*, el papa era la primera autoridad en la *ciudad eterna* y aspiraba á serlo *de derecho*, para gozar de plena libertad en el gobierno de la Iglesia; mas los emperadores continuaban queriendo obligar á la cristiandad y al obispo de Roma á reconocerlos como verdaderos jefes religiosos y á aceptar aún sus decisiones dogmáticas. Estas tenían por objeto reconciliar, por medio de transacciones teológicas, á las sectas que dividían el imperio después de la extinción de los nestorianos; unas estaban por la unidad de la naturaleza en Cristo (monofisitas), otras por la unidad en la voluntad (monotelitas), y entrambas disminuían ó la naturaleza humana ó la divina de Jesús. Roma, con la sola excepción quizás del papa Honorio, siguió firme su programa ortodoxo: nada que disminuyera la divinidad ni la humanidad del Cristo: había sido todo Dios y todo Hombre en una sola persona. Algún papa llevó su resistencia á los dogmas imperiales hasta el martirio; pero por fin un concilio restableció la paz entre las dos Iglesias.— No había, sin embargo, acabado el VII siglo, cuando las relaciones entre las que ya podemos llamar dos potencias, la Iglesia y el Imperio, tomaron nuevo y más temeroso aspecto; León el Isáurico fué el primero de una serie de príncipes ilustres, que, bajo la influencia de las escuelas asiáticas donde el helenismo oriental se conservaba más puro, intentaron una obra inmensa de reforma: en el culto, suprimiendo la idolatría (adoración de las imágenes; por eso les llamaron destructores de imágenes ó *ikonoklastas*); en la Iglesia, combatiendo la preponderancia del monaquismo que absorbía todas las fuerzas